

Jesús describe la vida cristiana

Dub McClish

Introducción

Jesús es el gran modelo para la vida de cada hombre, según las Escrituras: “decía a todos: Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz cada día, y sígame” (Lucas 9:23); “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús...” (Filipenses 2:5); “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” (1 Pedro 2:21). Se argumenta correctamente que la iglesia, como el cuerpo figurativo de Cristo (Efesios 1:22-23), debería hacer y decir sólo lo que está en armonía con lo que Jesús hizo y dijo en su cuerpo físico.

Por pura lógica, Jesús debería ser el modelo para la vida de cada hombre. Él “no pecó” (1 Pedro 2:22). Él “... fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado” (2 Corintios 5:21). “¿Quién de vosotros me redarguye de pecado?” (Juan 8:46). Él es el “... Cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:19). El único ser perfecto sin pecado que haya vivido jamás en la tierra es el único calificado para ser el modelo y patrón exclusivo del hombre en todas las cosas.

Puede que se haya convertido en una palabra muy utilizada y abusada, pero no conozco ningún término que resuma mejor la vida que vivió nuestro Señor y la vida que desea que todos vivamos que “amor”. Esta es la única fuente de la que fluyeron todas las palabras y acciones de Su Vida. Me apresuro a advertir que el amor que caracterizó a nuestro Señor se contradice casi totalmente con lo que el mundo considera que es el amor. El amor que impulsó a Cristo no fue egoísta, sino desinteresado. No produjo debilidad ni afeminamiento, sino fuerza y virilidad. No era un amor físico ni sexual (aunque Cristo lo aprobó plenamente en el contexto del matrimonio bíblico). Debemos descubrir este mismo amor y esforzarnos siempre por convertirlo en la fuente de nuestras vidas.

El suyo era un amor activo, vivo y demostrable. En verdad, no hay otro “tipo” de amor digno de ese nombre. Ahora sugiero algunas maneras en las que se demuestra el amor de Cristo y, por lo tanto, como nuestro modelo perfecto, en el que se describe la vida cristiana.

El servicio que prestó

El amor de Cristo se demuestra en el servicio que prestó. Por encima de todas las cosas, nuestro Señor fue un siervo. Principalmente, Jesús entendió que su objetivo en este mundo era servir a Dios. Los profetas describieron al Salvador como un siervo (Isaías 53:11;

Zacarías 3:8). A la tierna edad de doce años, el Señor entendió que debía “estar en los negocios de su Padre” (Lucas 2:49). Junto al pozo de Jacob, les dijo a sus discípulos que su “alimento” era hacer la voluntad de su Padre y cumplir su obra (Juan 4:34). Fue un siervo fiel y dispuesto de Dios porque no buscó ni hizo su propia voluntad, sino la del Padre (Juan 5:30; 6:38). Esto fue profetizado por David en el Salmo 40 y fue perfectamente cumplido por Cristo (Hebreos 10:5-9). Ni siquiera la agonía de sus pruebas y crucifixión lo disuadieron de su propósito establecido: “No se haga mi voluntad, sino la tuya” (Lucas 22:42). Fue siervo de Dios hasta el final amargo.

Los conceptos de servir y obedecer a Dios no pueden separarse en la vida de Cristo. Como sucede con los hombres en general, así sucede con Cristo: “sois esclavos de aquel a quien obedecéis” (Romanos 6:16). El servicio de Cristo y su humilde obediencia están vinculados: “...tomando forma de siervo, ...se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:7-8). Cristo fue un siervo perfecto de Dios porque le obedeció perfectamente. Por eso, cada pasaje que describe a Cristo como un siervo fiel en realidad habla de Él como un Hijo obediente. A veces habla claramente de su obediencia: “... le conozco y guardo su palabra” (Juan 8:55). Recordó a los apóstoles que había guardado los mandamientos de su Padre y, por lo tanto, permanecía en su amor (Juan 15:10). Claramente, la cuidadosa adhesión a la voluntad de Dios fue la medida y la prueba del servicio de Jesús a Dios.

El modelo perfecto de Jesús describe la vida cristiana como una vida de servicio a Dios, garantizada por una obediencia incondicional. Sin embargo, hay una dimensión adicional en el servicio del hombre a Dios. Incluye servir y obedecer a Su Hijo y Su voluntad perfecta, porque ahora es a través de Él que el Padre habla al hombre (Mateo 17:5; Hebreos 1:1-2). Por lo tanto, es imposible servir y obedecer a Dios sin servir y obedecer a Cristo a través de Su Nuevo Testamento.

Dios siempre ha requerido el servicio del hombre, pero hasta Cristo nadie lo había hecho de manera perfecta. Jesús le recordó a Satanás que solo Dios debía ser adorado y servido, y lo citó de Moisés, escrito 1,500 años antes (Mateo 4:10). Es responsabilidad del cristiano servir a Dios, no a las riquezas (Mateo 6:24), al Creador, no a alguna criatura (Romanos 1:25). Servir a Dios significa servir a Cristo, lo cual, a su vez, significa seguir a Cristo (Juan 12:26).

Así como el amor consumado de Jesús resultó en Su servicio obediente a Dios, así también nuestras vidas, si siguen el modelo de Él, estarán marcadas por el servicio obediente. Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos” y “El que no me ama, no guarda mis

palabras” (Juan 14:15, 24). Es una burla decir que somos siervos de Cristo y vivir en desobediencia a Él: “¿Por qué me llamáis, Señor, Señor, y no hacéis lo que yo digo?” (Lucas 6:46). Sin duda, el punto de partida de la vida cristiana, tal como Cristo la describió con palabras y hechos, es un espíritu de servicio amoroso y obediente.

Jesús no sólo fue siervo de Dios, sino también de los hombres. De hecho, no podría haber sido un siervo fiel de Dios si no hubiera sido siervo de los hombres. Servir a la humanidad de una manera que esta no podría servirse a sí misma fue el propósito por el cual Dios dio a Su Hijo (Juan 3:16). Esta fue también la razón por la cual Cristo dio Su vida: “como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Mateo 20:28). Cuando surgió una disputa entre los apóstoles sobre quién era el mayor, Jesús reprendió su egoísmo errado recordándoles que Él estaba entre ellos como siervo (Lucas 22:27). Enfatizó gráficamente esta lección lavando sus pies y luego les dijo que lo había hecho como un ejemplo del espíritu de servicio que debían manifestar (Juan 13:12-16). Jesús se mostró siervo de los hombres en cada milagro que realizó, cada palabra que pronunció, cada lágrima que derramó, cada noche de insomnio que pasó en oración, cada paso que dio, que finalmente lo llevó al Calvario.

De ello se desprende que la vida cristiana debe estar marcada por el servicio a la humanidad y a nuestros hermanos en particular. Cuando Jesús recordó a los apóstoles su propio servicio a los demás, lo utilizó como un ejemplo del servicio de ellos hacia los demás (Mateo 20:27). Les enseñó que la verdadera grandeza no radica en ser servido, sino en servir (Lucas 22:26). Enseñó la lección de recorrer la segunda milla (Mateo 5:41), de dar a los demás (Lucas 6:38) y de tratar a los demás como deseamos que nos traten a nosotros (Mateo 7:12).

El Diablo ha ganado tanto control de los corazones de los hombres de hoy que el “siervo” y el “servicio” han quedado casi olvidados. Nuestro mundo está centrado en el “yo” y “mío”. La descripción que Jesús hizo del granjero rico e insensato (Lucas 12:15-21) bien podría ser la de millones de personas que viven hoy en día. El comerciante y sus empleados saben poco de servicio ya; al consumidor se lo trata a menudo más como un inconveniente que como un activo. El estado de ánimo y el clima del día son de rudeza, no me importa nadie más. Es una agradable sorpresa encontrar a alguien que esté dispuesto a recorrer, aunque sea una parte de la primera milla de servicio y es mejor que nos olvidemos de la segunda milla.

La hambruna del espíritu de servicio en la iglesia ha convertido a los predicadores y ancianos en mendigos. El porcentaje de miembros que sirven voluntariamente en cualquier iglesia local es tan pequeño que resulta lamentable. La iglesia del Señor sin duda es una institución divina; de lo contrario, habría muerto hace mucho tiempo por falta de trabajadores.

Ninguna empresa secular podría sobrevivir por mucho tiempo con el nivel de servicio evidente en la mayoría de las iglesias locales.

Lamentablemente, las iglesias que tienen un alto porcentaje de sus miembros involucrados en algún tipo de actividad con frecuencia enfatizan cosas que se relacionan más con la carne que con el Espíritu. Si una iglesia tiene al 90% de sus miembros “involucrados”, pero gran parte de esa participación tiene que ver con el uso de su gimnasio de \$500,000 y la práctica y competencia frecuentes en uno de los equipos de voleibol, baloncesto o softbol de la iglesia, o la participación en un torneo de golf o clase de ejercicio patrocinados por la iglesia, entonces ¿qué beneficio tiene tal participación? ¿De qué le sirve a una iglesia ganar el 100% de participación de sus miembros, pero perder en el proceso su propio objetivo dado por Dios? ¿O qué dará una iglesia a cambio de su “crecimiento” y “participación de sus miembros”? Si eliminamos las baratijas, los trucos, los gimnasios, el ángulo de entretenimiento y los programas altamente estructurados orientados más a fines sociales que espirituales, pronto veremos cuál es el verdadero atractivo.

Lo único que se puede decir de un enfoque de la religión tan orientado a la carnalidad es que liberará a muchas de las congregaciones circundantes de algunos de sus miembros de mentalidad carnal al atraerlos. De ahí que muchas de las iglesias más grandes obtengan la mayor parte de su rápido “crecimiento”, no de las conversiones, sino de las transferencias de miembros que han sido atraídas por el canto de sirena de un club de campo con algunas connotaciones religiosas. Si esto es lo que se necesita para provocar un alto porcentaje de participación en la iglesia local, es mejor que operemos con sólo el 20% o el 30% de los miembros mientras mantenemos la fe en el propósito y la obra del Señor para Su iglesia. Si se nos da la opción de elegir entre 50 personas que conocen el Libro, aman la iglesia y no se avergüenzan de ninguna de las dos cosas, y 5,000 personas de club de campo que no pueden soportar más de 20 minutos de papilla de púlpito cada domingo que hace que el más repugnante pecador se sienta bien consigo mismo, los 50 serán la mejor opción en todo momento.

Los ancianos y los predicadores no deberían tener que rogar a los cristianos que estudien, visiten, traten de convertir a otros, den generosamente, asistan a una serie de campañas evangelísticas e incluso se reúnan regularmente. A los verdaderos siervos no hay que rogarles que ayuden. Es el espíritu de no servidumbre el que nos hace poner nuestras propias conveniencias, planes y deseos por encima de los deberes que Cristo nos ha encomendado. Es este mismo síndrome el que produce corazones murmuradores en aquellos a quienes hay que servir constantemente, pero que nunca piensan en servir a los demás.

Debido al egoísmo mortal que se apodera de nuestra época, un número cada vez mayor de cristianos exigen que las cosas se hagan a su manera, o de lo contrario, todo se resolverá. Lo vemos en aquellos que quieren cambiar continuamente el orden de la adoración. Lo vemos en aquellos que entran en una iglesia y exigen una adhesión rígida a sus programas de trabajo ideados por el hombre bajo el pretexto de un “compromiso total”. Lo vemos en aquellos que han rechazado y se han rebelado contra la autoridad de toma de decisiones que Dios ha dado a los ancianos de la iglesia local. Lo vemos en aquellos que prosperan con lo no ortodoxo, acusando constantemente a los hermanos fieles de estar “atados a la tradición” y que son rápidos para saltar a la defensa de los maestros poco sanos. Lo vemos en aquellos que se deleitan en escandalizar a los hermanos con sus supuestas ideas espirituales y en proponer preguntas tontas que engendran conflictos innecesarios. Lo vemos en aquellos que se cansan de los predicadores fieles del Evangelio y que usan cualquier táctica despiadada, inescrupulosa, deshonesto e impía para desacreditarlos. Estos no sirven a Cristo ni a sus semejantes, sino a sus propias ambiciones carnales.

No solo debemos restaurar el servicio a nuestro vocabulario, sino a nuestra forma de vida: vivir la vida que Cristo nos mostró y nos enseñó a vivir. Este servicio debe estar dirigido primero hacia Dios. El servicio leal a Dios siempre resultará en servicio a los hombres (Mateo 22:37-40).

Una cosa que Él odiaba

Quizás parezca extraño hablar de odio en nuestro Señor hacia algo. Si es así, solo muestra cuán extendida está la idea errónea popular sobre Él y lo que Él realmente era. La imagen de Cristo que la mayoría parece tener es la de alguien que nunca frunció el ceño, nunca habló con crueldad, nunca alzó la voz, nunca se enojó, nunca pronunció una palabra negativa y, sin duda, nunca odió nada. Sin embargo, la persona de la que leemos en los relatos del Evangelio hizo todas estas cosas. En particular, deseo enfatizar el hecho de que odiaba, despreciaba y aborrecía algunas cosas.

Si pensamos correctamente, entendemos que no se puede amar algo sin odiar su opuesto. Las Escrituras honran debidamente este axioma: “Los que amáis a Jehová, aborreced el mal” (Salmo 97:10); “Ninguno puede servir a dos señores; porque o aborrecerá al uno y amará al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro” (Mateo 6:24). No está mal tener fuertes sentimientos de odio, dependiendo, por supuesto, del objeto de nuestro odio. Salomón enumeró siete cosas específicas que Dios odia (Proverbios 6:16). Podemos descubrir las cosas que Cristo odiaba observando las cosas que amaba. De las muchas cosas que se podrían demostrar que estaban en la “lista de odio” de Jesús, el espacio limitado permite discutir solo una.

Nuestro Señor amaba la verdad como una entidad, un principio. Contrariamente a los filósofos blasfemos que afirman que no existe tal cosa como la verdad absoluta y objetiva, Cristo sabía que sí existe y siempre lo enseñó. El Verbo que se hizo carne estaba “lleno de gracia y de verdad” (Juan 1:14). Identificó la Verdad como Su Palabra que hace libres a los hombres (Juan 8:31–32). Envío al Espíritu Santo a los apóstoles para guiarlos a toda la Verdad (Juan 16:13). La *Verdad*, como la usa Jesús, se refiere a lo que es perfectamente factual, justo o correcto. La verdad siempre es objetiva, es independiente del hombre y de sus opiniones, deseos y emociones subjetivas. No se altera por las circunstancias, los tiempos, los lugares o lo que cualquiera pueda pensar sobre ella.

Con un amor tan ardiente por la verdad, necesariamente despreció lo que era falso y erróneo. Él advirtió: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces” (Mateo 7:15). Él advirtió a los apóstoles: “Mirad, guardaos de la levadura de los fariseos y de los saduceos”, explicando que se refería a sus enseñanzas (16:6, 11-12). Cristo arremetió contra los errores doctrinales de los fariseos: “habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición”... “en vano me honran, enseñando como doctrinas, mandamientos de hombres” (15:6, 9).

Cristo expresó su odio por el error a través de sus obras así como de sus palabras. Su vida de enseñanza fue casi un debate continuo con los promotores de errores religiosos de su época y una refutación de ellos. Escribas, fariseos, herodianos, saduceos, todos lo atacaron y trataron de atraparlo y desacreditarlo. Él no se acobardó de la batalla. No creía que tuviera “cosas más importantes que hacer”. Fue el mayor polemista y controversista que jamás haya existido. Peleó fielmente la batalla contra el error porque sabía que su fin era la condenación: “si el ciego guiare al ciego, ambos caerán en el hoyo” (Mateo 15:14). Titulaba a los falsos profetas como “lobos rapaces” (7:15), en referencia a su obra rapaz y destructiva. Cuando dijo: “La verdad os hará libres” (Juan 8:32), estaba diciendo con la misma fuerza: “El error os hará esclavos del pecado y de la culpa”. Ningún predicador o profeta trabajó jamás contra el error sin cansarse y con valentía.

Si nuestro Señor despreciaba tanto el error, ¿pueden sus seguidores hacer menos? Consideremos las siguientes implicaciones del odio de Jesús al error:

- **En primer lugar**, existe la “verdad” y el “error”; hay una distinción. Puede parecer superfluo incluso enfatizar esto. Sin embargo, muchos de nuestros predicadores, ancianos, administradores y profesores universitarios y editores ahora parecen creer que el error no es tan malo después de todo. A juzgar por los hombres y las iglesias de doctrina errónea que algunos de ellos siguen apoyando y utilizando, están diciendo: “El error es tan bueno como la verdad”. Que nunca se olvide que Cristo murió por la diferencia entre la verdad y el error. Aquellos que toman a Cristo como su modelo deben honrar esa distinción.

- **En segundo lugar**, no es “falta de amor” exponer, predicar contra y refutar el error. Tampoco es “falta de amor” exponer a quienes promueven el error. Cristo nunca rehusó este deber, aunque ofendió a los fariseos y perdió algunos discípulos en el proceso (Mateo 15:12-14; Juan 6:66). Es cierto que esto se puede hacer con una actitud desamorada, pero tal abuso no es un argumento válido contra la práctica en sí.
- **En tercer lugar**, la Verdad necesita defenderse cuando está bajo ataque; de lo contrario, el Señor no la habría defendido consistentemente. Él no era como algunos de nuestros púlpitos y escritores empalagosamente dulces que han tratado de convencer a toda una generación en la iglesia de que “la Verdad no necesita ser defendida; puede defenderse a sí misma; solo necesita ser proclamada”. Pobres Jesús, Esteban, Juan y Pablo: sufrieron innecesariamente por defender la Fe. Si la Verdad puede defenderse a sí misma, ¿puede también proclamarse a sí misma? Si no, no veo por qué. El ejemplo de Jesús deja bien claro a quienes se preocupan por ver que la Verdad no puede defenderse a sí misma, así como tampoco puede proclamarse a sí misma. Por lo tanto, se nos manda a contender ardientemente por la fe (Judas 3). Es justo y necesario defender la Verdad.
- **En cuarto lugar**, la iglesia del Señor sería mucho más fuerte si siguiéramos el ejemplo y las enseñanzas de Jesús en lugar de los principios de Dale Carnegie para tratar con el error religioso. Carnegie tiene algunos principios saludables y útiles, pero también tiene algunos que contradicen los principios de nuestro Señor y sus apóstoles. Carnegie defiende que al que hace el mal siempre se le debe permitir “salvar las apariencias”, evitar sentimientos de culpa y evitar a toda costa la confrontación y la discusión directa. Es un defensor del enfoque de “sólo lo positivo” y “el tacto a toda costa” en todas las relaciones humanas. Es evidente que muchos hermanos se han vuelto adictos a esta filosofía. Al menos uno la ha seguido cuidadosamente en un popular curso de capacitación para líderes masculinos que han utilizado cientos de iglesias. Este espíritu domina de tal manera algunas iglesias y grupos de ancianos que no permiten que se expongan los pecados o errores populares, ni toleran que se diga nada “negativo” o “que cause culpa” en sus púlpitos. En cambio, invitan abiertamente a sus púlpitos a hombres que tienen reputación de ser blandos y poco ortodoxos, cuando no de estar completamente equivocados. ¡Supongo que un predicador como Jesús o Pablo no duraría más de un domingo con ellos!

¡Qué triste que nuestro Señor y los apóstoles no tuvieran la ventaja de esta filosofía! Habrían sido tan dulces y amables que nunca se habrían rebajado a debatir con nadie o a exponer ningún error. El Señor nunca habría sido crucificado porque nunca habría provocado oposición alguna. Esteban habría vivido más si hubiera podido asistir a una clase de capacitación para líderes masculinos y hubiera aprendido a no discutir nunca, bajo ninguna circunstancia, con nadie. Seguramente es más que una mera coincidencia que el rápido crecimiento que la iglesia del Señor disfrutó en los años 1950 y 1960 comenzó a disminuir en el mismo momento en que los manipuladores del “sólo lo positivo” y del “hombre, no el plan” entre nosotros comenzaron a ejercer su influencia. Sugiero que la iglesia comenzará a experimentar un crecimiento real nuevamente cuando seamos lo suficientemente sabios como para abandonar las tácticas de Carnegie y Willingham y regresar a las de Cristo y los apóstoles.

Esos principios pueden servir bien en la venta y el comercio, pero significan poner en riesgo la religión de Cristo.

Ningún hombre tiene un concepto claro de la vida cristiana si no entiende su deber de despreciar y oponerse al error. Por supuesto, el amor de uno por la verdad es sospechoso si no odia el error.

La preocupación que tenía por los perdidos

Nada resume tan completamente la vida de Cristo como su preocupación por los perdidos. Nadie está perdido a menos que el pecado sea una realidad. El pecado se presenta en el tercer capítulo de la Biblia y se repite continuamente a lo largo del volumen sagrado como uno de sus temas dominantes. El pecado es la transgresión de la voluntad perfecta de Dios (1 Juan 3:4; 5:7). Dios, que es perfecto sin pecado, no puede tolerar el pecado en su presencia; por lo tanto, el pecado aleja a los hombres de Dios. Adán y Eva tenían una comunión perfecta con Dios en el Edén hasta que desobedecieron la Ley de Dios; entonces tuvieron que ser desterrados (Génesis 3:9-24). Así como sucedió con la apóstata Judá, así sucede con todos los hombres: “pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:2).

Desde el registro del primer pecado hasta el final de la Revelación de Dios, se desarrolla la historia del plan de Dios para el perdón y la reconciliación del hombre. Todo este plan siempre ha estado centrado en Cristo (Efesios 3:9-11). Cristo “ya destinado desde antes de la fundación del mundo...” como el Cordero redentor (1 Pedro 1:18-20).

La aparición misma de Cristo en la tierra se basó en la realidad del pecado en todos los hombres, sus consecuencias destructivas y la incapacidad del hombre para vencerlo sin un Salvador. Esta conclusión responde a ciertos charlatanes blasfemos:

- **En primer lugar**, están aquellos que niegan la existencia del pecado o que tratan de mitigar su horror llamándolo menos que pecado. Es difícil encontrar a un borracho en la actualidad, pero tenemos millones de “alcohólicos” que son simplemente víctimas desafortunadas de la enfermedad. El fornicador no es tan malo; simplemente está optando por un “estilo de vida alternativo”. La abominación de la homosexualidad ha sido elevada a “Movimiento Gay”. No se puede culpar a las personas que roban, matan y violan, porque son solo víctimas de sus entornos infantiles desfavorecidos. Tal vez peor, ahora tenemos ancianos y predicadores que prácticamente niegan la existencia del pecado. Tales personas simplemente ignoran el pecado y la falsa doctrina en la iglesia mientras corroe las partes vitales del cuerpo de Cristo, negándose a exponerlo y condenarlo, para no perder algunos de sus miembros de los que estarían mejor sin ellos de todos modos. Negar, reírse de él o ignorar el pecado es burlarse de la muerte de Cristo para liberarnos de él. Debo tomar el pecado tan en serio como Cristo lo tomó y enfrentar su realidad en mi vida y en la vida de los demás.

- **En segundo lugar**, hay quienes dicen descuidadamente que Dios podría haber resuelto el problema del pecado de alguna otra manera además de enviar a Cristo. Estos suelen argumentar que Él simplemente eligió hacerlo a través de la muerte de Su Hijo por razones que desconocemos. Tal doctrina describe a Dios como un sádico divino que se sentó inerte y dejó que Su Hijo fuera clavado en la cruz innecesariamente. Si el pecado hubiera podido ser conquistado de otra manera, entonces Dios debe ser juzgado cruel e insensible por haber permitido que sucediera, a pesar de las angustiosas oraciones de Su Hijo. Las oraciones de Getsemaní, seguidas por la crucifixión, son plenamente convincentes de que no había otra manera de lograr la redención del hombre.

A pesar de la claridad de la singularidad de Su propósito en la tierra —salvar a la humanidad del pecado— todavía se lo malinterpreta. Su propósito ha sido expuesto en cosas tales como revolución política, reforma social y sanidad física, pero todas ellas yerran gravemente el blanco.

El verdadero propósito de toda su actividad milagrosa queda claro: “Pues para que sepáis que el Hijo del Hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados (dijo al paralítico): A ti te digo: Levántate, toma tu lecho, y vete a tu casa” (Marcos 2:10-11); “Hizo además Jesús muchas otras señales en presencia de sus discípulos, las cuales no están escritas en este libro. Pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que creyendo, tengáis vida en su nombre” (Juan 20:30-31).

Nadie ha vivido jamás con una comprensión más clara de Su objetivo o propósito: “Porque el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” (Marcos 10:45); “Porque el Hijo del Hombre vino a buscar y a salvar lo que se había perdido” (Lucas 19:10); “porque esto es mi sangre del nuevo pacto, que por muchos es derramada para remisión de los pecados” (Mateo 26:28). Los hombres pueden afirmar que su venida tiene un propósito secundario, pero lo hacen falsamente. Solo podemos honrar su propio propósito declarado: quitar los pecados al ofrecerse a sí mismo una vez por todas (Hebreos 9:26).

No es de extrañar que Jesús estuviera tan preocupado por los perdidos que trabajó y enseñó de todas las maneras posibles para alcanzarlos. Pasó su breve vida terrenal viajando, enseñando, sanando y ayudando, todo con un solo fin: redimir a los perdidos. Muchas de sus enseñanzas son llamados directos a los perdidos, incluidas las parábolas de la oveja perdida, la moneda perdida y el hijo perdido (Lucas 15:3-32), la gran invitación (Mateo 11:28-30) y su llanto por Jerusalén (Lucas 19:41-44). En verdad, todo lo que Él dijo e hizo se centró en salvar al hombre de la maldición del pecado. Si todavía no está convencido de que la principal preocupación de Jesús era por los perdidos, entonces sígalo mientras lucha por subir la colina del Calvario y se pone voluntariamente sobre una cruz.

Los hombres no pueden afirmar que se toman en serio el servicio a Cristo y no estar seriamente preocupados por las almas perdidas. Su preocupación incesante lo llevó a ordenar a sus seguidores que fueran por todo el mundo con el Evangelio para que los hombres pudieran creer, ser bautizados y ser salvos (Mateo 28:19-20; Marcos 16:15-16). A sus seguidores se les ordena “Predicar la palabra” (2 Timoteo 4:2). Una preocupación activa y genuina por los hombres y mujeres que están perdidos en el pecado es una parte indeleble de la vida de cada cristiano como lo describe el mismo Cristo. Esto significa que la obra principal de la iglesia debe ser la propagación del Evangelio. La iglesia no es principalmente una institución benéfica o edificante, sino una institución que predica y enseña el Evangelio. Sin duda, no es una empresa de entretenimiento, como muchos hermanos quieren que sea. No basta con maravillarse ante la preocupación de Jesús por los perdidos y olvidarse de seguirlo en esa preocupación. Si tenemos una verdadera preocupación por los perdidos, encontraremos alguna forma o formas de difundir el mensaje del Evangelio.

Conclusión

Mi propósito ha sido elegir algunas áreas de la vida y de la enseñanza del Señor que creo que son representativas de su objetivo y dirección para sí mismo y para sus seguidores. Si lo seguimos en el servicio que prestó, las cosas que odiaba y la preocupación que tenía por los perdidos, nunca estaremos lejos de la totalidad de su ejemplo y doctrina.

[Nota: Escribí este manuscrito y presenté un resumen del mismo oralmente en las Conferencias de Fort Worth, llevadas a cabo por la iglesia de Cristo de Brown Trail, Bedford (Ft. Worth), Texas, en 1983. Fue publicado en el libro de las conferencias, *The Person and Life of Christ*, editado por Eddie Whitten.]

Atribución: De *thescripturecache.com*; Dub McClish, propietario, curado, y administrador.

Traducido por: Jaime Hernandez.